

Aprendizaje Reflexivo y Lectura Crítica: Procesos Necesarios para la Formación de Ciudadanos Competentes

Reflective Learning and Critical Reading: Necessary Processes for the Formation of Competent Citizens

Jesús Alfredo Morales Carrero¹

Resumen

Esta investigación plantea la vinculación entre el aprendizaje reflexivo y la lectura crítica, como procesos estrechamente relacionados que no solo posibilitan el desarrollo cognitivo sino que propician la sensibilización del ciudadano hacia el uso del conocimiento como recurso necesario para la construcción de alternativas de bienestar que dimensionen la vida colectiva, garantizando la inclusión social, la transformación de objetivos individuales en colectivos, mediante el uso del diálogo simétrico y, la disposición para ejercer una ciudadanía activa y competente, en la que el compromiso mutuo emerja como resultado de interacción crítica con una realidad compleja y cambiante, que demanda la integración protagónica para consolidar relaciones funcionales y el establecimiento de vínculos personales sólidos a partir de los cuales tomar decisiones y escoger alternativas idóneas que reflejen los ideales democráticos. Se concluye, que es necesario promover experiencias formativas que privilegien el aprendizaje reflexivo y la lectura crítica, como procesos vinculados al ejercicio pleno de la ciudadanía.

Palabras clave: aprendizaje reflexivo, lectura crítica, formación ciudadana, competencias, participación.

Abstract

This research raises the link between reflective learning and critical reading is proposed as closely related processes that not only enable cognitive development but also promote citizen awareness towards the use of knowledge as a necessary resource for the construction of well-being alternatives that dimension collective life, guarantee social inclusion, the transformation of individual goals into collective ones, through the use of symmetrical dialogue and the willingness to exercise an

¹ lectoescrituraula@gmail.com. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela. <https://orcid.org/0000-0001-8533-3442>



active and competent citizenship, in which mutual commitment emerges as a result of critical interaction with a complex and changing reality, that demands the leading integration to consolidate functional relationships and the establishment of solid personal ties from which to make decisions, as well as to choose suitable alternatives that reflect democratic ideals. It is concluded that it is necessary to promote training experiences that privilege reflective learning and critical reading, as processes linked to the full exercise of citizenship.

Keywords: reflective learning, critical reading, citizenship training, competencies, participation.

Introducción

El desarrollo de la convivencia en sociedad se ha consolidado como una idea trascendental, así como cometido de la educación en general, por entrañar la posibilidad de lograr cometidos asociados con la calidad de vida y el bienestar integral. Como un modo de lograr tales propósitos la educación en la actualidad ha reconsiderado la necesidad de involucrar en la formación para la ciudadanía la promoción de la participación en experiencias significativas en las que el sujeto logre adoptar con compromiso mayores niveles de autonomía y responsabilidad en los asuntos de todos. Esto según Pérez (2004), tiene un nexo importante con el aprendizaje reflexivo y la lectura, procesos intelectuales a los que se le atribuye el potencial para “la formación del ciudadano y la construcción de la democracia” (p. 72).

Es así, que leer para fomentar el aprendizaje reflexivo toma especial importancia, por el hecho de posibilitar la disposición del pensamiento para comprender el mundo, descubriendo relaciones en función de las cuales construir explicaciones y posibles líneas de actuación que garanticen la transformación de la realidad; operar de esta manera refiere a la formación para el ejercicio de la ciudadanía competente, en la que el sujeto como agente pensante se convierta en protagonista de cambios fundados en el uso de sus conocimientos y en la profundización de las problemáticas emergentes, sobre las cuales actuar reflexivamente en un intento por aportar a la resolución de situaciones complejas de las que depende su bienestar.

En tal sentido, participar de las relaciones que se entretengan en el contexto social, supone comprender la necesidad de desarrollar competencias asociadas con el diálogo y la comunicación, de las cuales, entre otras cosas, depende la posibilidad de cohesionar los intereses colectivos en torno a propuestas comunes que dimensionen exitosamente la vida social. Parte de estas competencias vienen como resultado de experiencias lectoras, en las que el sujeto progresivamente se ha apropiado del saber necesario para interactuar con una realidad en recurrente cambio y transformación



que, como lo expone Freire (1984), demanda la educación de ciudadanos capaces de definir sus coordenadas de actuación mediante su “disposición cognoscente, que le asiste para cambiar su realidad, en una manifestación de autonomía que involucra el análisis crítico y la creatividad” (p. 18).

De acuerdo con Serrano (2000), formar para integrarse competitivamente en un mundo que demanda con apremio mayor especialización, flexibilidad y adaptación a las situaciones emergentes, supone el despliegue de habilidades comunicativas y sociales, entre las que se precisan “intercambiar ideas, expresar puntos de vista, informarse, transmitir ideas e informaciones, expresar su pensamiento y crear mundos posibles” (p. 10). Estas operaciones como parte del aprendizaje reflexivo son igualmente compartidas por las implicaciones de la lectura crítica, entre las que se precisan el uso del saber como instrumento al servicio de la construcción de espacios idóneos para el entendimiento, en el que la confrontación y la divergencia se asumen como parte de requerimientos para acceder a la ampliación y enriquecimiento de las alternativas de desarrollo individual y colectivo.

Estos cometidos adjudicados por la educación en la actualidad, representan una invitación al ejercicio de la libertad intelectual, como un derecho irrenunciable que invita al ciudadano a desplegar sus habilidades cognitivas en beneficio de la consolidación de cambios trascendentales. Este planteamiento se adhiere a lo planteado por Savater (2008), quien asume que la formación para la ciudadanía mundial consiste en orientar al sujeto para que, reflexionando sobre las condiciones actuales, se familiarice con “el arte de cuestionarlas, de atreverse a pensar, de interpelar las verdades establecidas y ver qué esconden” (p. 2).

En atención a estos propósitos, este ensayo plantea la vinculación entre el aprendizaje reflexivo y la lectura crítica, a los que se asumen como procesos estrechamente relacionados, que potencian el desarrollo cognitivo, así como la sensibilización del ciudadano, revistiéndolo de las competencias para usar el conocimiento como recurso necesario en la construcción de alternativas de bienestar que dimensionen la vida colectiva.

Desarrollo

Aprendizaje Reflexivo y Lectura Crítica

Enseñar a pensar y reflexionar en la actualidad, se asumen como procesos intelectuales de singular importancia para quien se forma en medio de grandes y complejos cuerpos de conocimiento provenientes de diversas fuentes. Frente a este panorama, aprender se convierte

en un inminente desafío y, hacerlo reflexivamente le exige a la educación generar experiencias significativas en las que sus participantes consoliden operaciones mentales importantes, como la búsqueda de explicaciones con rigurosidad y profundidad, como el proceso del cual se deriva la construcción de apreciaciones propias sobre lo que sucede en su contexto inmediato; esto supone que la lectura como proceso asociado con el aprendizaje reflexivo, posibilita el desarrollo de operaciones mentales importantes como la ampliación de “los modos de pensar, de valorar, conocemos explicaciones, visiones del mundo, es decir, se comienza a llenar el mundo de sentido” (Pérez, 2004, p. 78).

Desde el aprendizaje reflexivo propuesto por Daros (2009), la educación como proceso de transformación multidimensional, continúa siendo el medio a través del cual motivar la búsqueda de sentido a las experiencias cotidianas; de allí que, el compromiso sea la formación del pensamiento científico, desde el cual gestionar con autonomía la búsqueda de la verdad, procurando determinar el sentido real de la vida y poniendo a prueba lo que se piensa. De allí que Daros (2009) refiriéndose al aprendizaje reflexivo indique que su modo de operar consiste en “proponer conjeturas, criticar lo existente, plantear posibles soluciones y buscar nuevos sentidos” (p. 7). Esto supone, la construcción de interpretaciones propias desde las que sea posible el abordaje de problemas de manera autónoma, como un proceder responsable del que depende la apropiación reflexiva de nuevos significados y la generación de ideas en función de las cuales adentrarse en los grandes entramados teóricos propios de cada comunidad discursiva.

En palabras de Solé (2002), este proceder sobre el conocimiento que circula en las disciplinas, refiere entre otras cosas, a la disposición crítica par,

enfrentarse de manera inteligente a textos y contenidos de diversa índole, a los que deberá aproximarse en una actitud interrogativa, que derive en el establecimiento de relaciones, en el cuestionamiento del conocimiento y en su modificación, hasta lograr establecer generalizaciones (p. 7).

Este cúmulo de operaciones mentales refiere a una actitud acuciosa que intenta potenciar en el lector la disposición para ingresar a los complejos universos de significado, procediendo con rigurosidad en un intento por profundizar en el saber de manera competente; pero además, ser capaz de “establecer relaciones entre ideas y utilizarlas como una ayuda para transformar su realidad” (Hawes, 2003, p. 41).



En tal sentido, es preciso indicar que el aprendizaje reflexivo como un modo de apropiación del conocimiento, se vale de la valoración consciente y rigurosa, como procedimientos que entrañan propósitos diversos como destrabar los reduccionismos y profundizar cognitivamente en las afirmaciones teóricas, en un intento por trascender lo dicho y los contenidos ideológicos que al ser sometidos al pensamiento acucioso dejan ver el carácter irracional de ciertas apreciaciones, sus pretensiones de dominación y el uso recurrente de la especulación, como aspectos que demandan la revisión profunda para determinar su falibilidad.

Este proceder reflexivo como parte de la lectura crítica, es el responsable de garantizar la emergencia de uno de los procesos más importantes en la formación de las nuevas generaciones, y tiene que ver con la disposición cognitiva para construir nuevos conocimientos de manera autónoma, valiéndose de no solo del uso de estrategias para profundizar en el saber sino del despliegue de operaciones mentales asociadas con el examen cuidadoso de las propuestas teórico-conceptuales que se producen recurrentemente las comunidades científicas; esta relación profunda con el conocimiento debe entenderse como punto de partida para el desarrollo del sentido crítico y, por ende, del compromiso social que le permita al sujeto transformar su propia realidad, aportar a la solución de sus problemas y generar procesos de cambio que redunden en el bienestar colectivo.

Lograr estos cometidos supone, entre otras cosas, el involucramiento del sujeto que se educa en experiencias significativas en las que logre una interacción crítica con la nueva información, de la que se espera sea capaz de deducir elementos subyacentes, pero además, posicionamientos ideológicos que por estar solapados en supuestos teóricos o respaldados por autoridades científicas, se erigen como posturas verdaderas, frente a las cuales el lector reflexivo deberá valerse de la disposición de su pensamiento para ingresar estratégicamente en los contenidos sin dejarse manipular, y sí en su lugar, efectuar construcciones personales a partir de la apropiación de lo realmente creíble.

En función de lo hasta ahora expuesto, la formación en ciudadanía implica desde los procesos de enseñanza y aprendizaje, motivar el desarrollo cognitivo de tal manera que el aprendiz valiéndose de sus conocimientos previos, logre la construcción personal de nuevos esquemas y redes conceptuales en función de las cuales establecer relaciones y conexiones teóricas, como operaciones que por sus implicaciones den lugar no solo a la atribución de significado, sino a la organización de entramados de ideas que al ser integradas posibiliten la consolidación de nuevos aprendizajes y el ejercicio responsable de su función social. Esta apropiación significativa del saber no es más

que el resultado de interacciones profundas en las que el sujeto logre desentrañar planteamientos subyacentes que, además de potenciar su capacidad racional le permitan revestir de fuerza a los argumentos que construye para defender su posición frente a determinadas situaciones que procuren la imposición o dominación.

Este proceso refiere a la actuación comprometida y activa, en la que quien aprende asume como responsabilidad el establecer un diálogo riguroso y profundo con las opiniones de terceros, a las cuales deberá contrastar en un intento por deducir puntos de encuentro y de discrepancia, que por un lado le otorguen respuesta a sus interrogantes y, por el otro, le permitan tomar decisiones sobre lo que realmente es valioso dentro de la información consultada. Esta actitud meditativa se vincula estrechamente con el aprendizaje reflexivo, que procura no solo la apropiación de ideas, sino cómo conferirle significado a las mismas hasta llevarlas a una praxis transformadora que dimensione su actividad mental y que amplíen las posibilidades para generar cambios oportunos en la realidad de la que es parte el sujeto en formación.

En palabras de Zemelman (2015), este proceder frente a un mundo complejo, supone para quien aprende reflexivamente, ser capaz de “precisar problemáticas, pensar la realidad concreta y su multidimensionalidad, así como las estructuras fundamentales de las que depende entender profundamente su dinamismo; pero, además, potenciar la capacidad para enfrentar situaciones con la disposición intelectual necesaria para buscar nuevos sentidos” (p. 346). Esta posición refiere, entre otras cosas, a la revisión rigurosa del conocimiento como operación intelectual que procura trascender, logrando el ejercicio de capacidades para explicar e interpretar el mundo en función de esquemas conceptuales previos, que al ser resignificados en la interacción con la nueva información posibilitan la ruptura de los parámetros establecidos por el conocimiento acumulado, para dar lugar a la emergencia de construcciones novedosas.

Lo anterior precisa que la lectura como proceso asociado con el aprendizaje, le permite al individuo en formación trascender la excesiva influencia que ejercen los grandes cuerpos teóricos y, en su lugar, ir más allá mediante el esfuerzo de pensar su realidad a partir de la articulación de contenidos desde los que es posible explicar comprensivamente las relaciones que se dan en el entorno del que se participa. Este lector debe entenderse como un sujeto deslastrado de lo fragmentario y parcial para proceder con actitud integradora del saber, facultad inherente al aprendizaje reflexivo, que permite “mirar la realidad y transformarla en la premisa desde la cual construir conocimiento” (Zemelman, 2015, p. 352).



En palabras de Daros (2009) este proceder epistémico se asume como resultado del aprendizaje reflexivo, que insta a la búsqueda de nuevos significados no solo en lo que ya conocemos, sino en la información nueva que viene de la interacción con el mundo; este proceder supone la puesta en duda de los contenidos como una actitud crítica que procura “proponer conjeturas, criticar lo existente y plantear posibles avances, como parte de la tarea de aprender y de buscar sentido” (p. 6). Al respecto, perspectivas de la lectura crítica indican que parte de sus funciones se encuentran vinculadas con su potencial para destrabar reduccionismos como condición igualmente compartida por el aprendizaje reflexivo, y de la que depende a su vez, la formación de una sociedad altamente competitiva, capaz de trascender las limitaciones existentes y en uso de la información ejercer su ciudadanía con pertinencia.

Lo planteado refiere a la disposición reflexiva para apropiarse del saber, así como para construir desde una mirada amplia posibles alternativas que garanticen el bienestar integral del que depende el avance de la humanidad. Esto posiciona a la lectura crítica como un proceso con el potencial para provocar cambios en los que se haga a un lado “la represión fanática y la dominación ideológica, y en su lugar se coordinen los fines y medios para erradicar las desigualdades que imposibilitan el ascenso social de todos” (Daros, 2009, p. 7). Es así que, la lectura crítica como proceso significativo de apropiación del saber, le confiere sentido a los contenidos con los que se interactúan, posibilitando que el sujeto aprenda y sea capaz de construir aportaciones personales que le conduzcan en la tarea de andamiar relaciones oportunas y apropiadas que garanticen la resolución de situaciones cotidianas.

De este modo, el aprendizaje reflexivo como proceso que procura la transformación de la realidad, se fundamenta en operaciones intelectuales asociadas con la búsqueda de ideas pertinentes y susceptibles de ser verificadas, pero además, con la posibilidad de validar a través del proceder científico el ejercicio de la ciudadanía y la aplicación de propuestas en las que se integren postulados provenientes de diversas disciplinas, que al ser relacionadas permitan “resolver problemas de diversas índole: de descripción, interpretación, explicación y de acción, con diversos fines e intereses” (Daros, 2009, p. 12). Por ende, es posible afirmar que el aprendizaje reflexivo favorece la operación significativa sobre la realidad mediante la sistematización de situaciones problemáticas que, sometidas a evaluación crítica den lugar a la articulación de alternativas que conduzcan a la construcción de respuestas cónsonas con las necesidades de transformación social.

Desde la perspectiva de Serrano (2000), el aprendizaje reflexivo además de impulsar la construcción del saber, también da lugar a la:

capacidad de generalización, con el propósito de que el conocimiento adquiera valor real al trascender a la situación que la provocó; esto quiere decir, que este modo de aprender posibilita la transferencia de contenidos a otras áreas de la vida (p. 4).

Esta capacidad para abordar nuevas situaciones oportunamente refiere a la flexibilidad intelectual desde la cual el sujeto está en la disposición para contextualizar, establecer asociaciones y disponer sus experiencias de vida para emprender acciones estratégicas que dimensionen su participación individual y colectiva.

En función de lo expuesto, la lectura crítica como proceso de liberación intelectual y social, cuenta con funciones importantes como la “conjugación de la capacidad de construcción teórica con el desarrollo de la voluntad para construir realidades; transformando posibilidades en realidades” (Zemelman, 2005, p. 10). Esto refiere a un esfuerzo cognitivo del sujeto, de quien se espera el despliegue de las operaciones del pensamiento, de sus habilidades críticas de orden superior y de sus competencias reflexivas para romper con los límites históricamente establecidos, a los que se les atribuye la imposibilidad para el abordaje de la realidad por su estar agotados.

Al respecto Daros (2009), hace notar la escasa correspondencia entre la realidad y lo establecido en las posturas teóricas, son insuficientes debido a que no aportan posibilidad alguna para apoyar acciones de cambio oportunas, por el hecho de “carecer de capacidad para sugerir nuevos hechos, o datos o teorías y por no elucidar nuevos problemas; esto es, caduca por un problema de limitación heurística interna” (p. 16). Frente a esta falencia, la lectura crítica se erige como una alternativa para resignificar el conocimiento acumulado, definiendo los ángulos desde los cuales es posible pensar la realidad y, en función de los cuales construir nuevas generalizaciones que respondan a los requerimientos interpretativos de un mundo en cambio recurrente.

En tal sentido, la tarea del lector como sujeto activo consiste en buscar razonamientos que justifique las posiciones ideológicas y teóricas que se asumen verdaderas, entrañando la intención de imponer una determinada visión sobre los fenómenos sociales, suprimiendo aspectos valiosos que por su importancia dejan de mostrarse como un todo, conduciendo de esta manera hacia la construcción de reduccionismos; a partir de esta condición se considera imprescindible la promoción del aprendizaje reflexivo, como el proceso encargado de dimensionar la capacidad del sujeto para mejorar sus procesos interactivos con la realidad.



Es a partir de este proceder, que se logra conceptualizar y generar contenidos como resultado de la verificación de las ideas emergentes de la interacción del sujeto con problemas reales, sobre los cuales previamente ha desplegado operaciones mentales importantes como el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad sobre las situaciones complejas, empleando el análisis y la síntesis como actividades cognitivas que permiten ir más allá en la búsqueda de nuevas interpretaciones, así como de posibles soluciones. Por ende, como lo propone Daros (2009), el aprendizaje reflexivo procura que el sujeto como lector del mundo logre “identificar las disparidades o contradicciones entre la forma de conocer y la realidad a la cual se refiere lo conocido” (p. 33).

Este modo de operar contempla la capacidad para establecer relaciones significativas entre el conocimiento acumulado y la nueva información, como operaciones cognitivas que dan lugar a la integración a los esquemas mentales de contenidos novedosos, en función de los cuales aumentar la disposición intelectual para enfrentar situaciones cotidianas, resolver problemas y proponer acciones oportunas que redunden en torno a la transformación del contexto del que se es parte. En otras palabras, el aprendizaje reflexivo puede entenderse como el resultado de procesos de lectura crítica a través de los cuales se da la apropiación de conocimientos subyacentes, así como propósitos e intenciones que le ayudan al sujeto en la tarea de elaborar construcciones originales producto de la resignificación de contenidos existentes.

Desde la postura de Zemelman (2015), aprender reflexivamente supone operar de manera profunda sobre la información, accediendo “ya sea al plano teórico o ideológico, hasta alcanzar el plano valorativo de las realidades concretas, apropiándose del saber, de lo que dicen los autores y lograr aplicarlo en otros contextos” (p. 344). Dicho de otra forma, el aprendizaje reflexivo cuenta con cometidos asociados con la revisión rigurosa del saber, proceso que busca comprender lo que sucede en la realidad, de allí que se valga de la identificación de referentes conceptuales a partir de los cuales le sea posible generar explicaciones pertinentes que correspondan con su realidad.

En consecuencia, la lectura crítica aporta al aprendizaje reflexivo la capacidad para abordar situaciones desde el entendimiento riguroso del mundo, como una operación mental de la que depende el actuar del sujeto en determinada dirección, deduciendo posibles alternativas producto del esfuerzo del razonamiento como aliado en el compromiso de explorar, proceso que se asume como “un desafío del pensamiento capaz de poder pensar aquello que no ha sido pensado; es decir, lo que está fuera del discurso organizado” (Zemelman, 2015, p. 437). Esto plantea la disposición

del pensamiento para articular e integrar ideas, potenciando de esta manera la posibilidad de tomar decisiones que conduzcan a la formulación de acciones que eleven la calidad de vida, la adopción de actitudes reflexivas y el desarrollo de estilos de vida conscientes.

Lo expuesto abarca propósitos de la lectura crítica de los que depende el logro de objetivos, así como la resolución de problemas complejos que, al ser valorados desde una actitud analítica, propician la participación en el escenario social con fehaciente apego a los valores democráticos. Este proceder indica que la reflexión como proceso cognitivo posibilita al sujeto para desplegar sus destrezas y habilidades intelectuales en procura de escudriñar todas las alternativas posibles, así como los aspectos medulares de los que depende la comprensión profunda de su dinámica y comportamiento.

Al respecto Daros (2009), asume que la reflexión conduce no solo a la consolidación de proyectos de vida colectivos, sino el desarrollo de “la inteligencia y del esfuerzo creador, permitiendo la superación al poder volver sobre las cosas y sobre sí generando un plan de vida y de acción” (p. 34). Esto supone la capacidad de establecer relaciones, unificar esfuerzos y cohesionar a los actores sociales en torno a ideales que optimicen las condiciones de convivencia humana.

Esta actitud flexible y dispuesta a adaptarse a las necesidades emergentes, debe asumirse como la posibilidad de actuar tanto en el plano individual y colectivo, como resultado de la reflexividad otorgada a través de la interacción consciente con el saber, lo que según Zemelman (2005) denomina la respuesta:

epistémica que posibilita incorporar la exigencia de lo necesario, como una manera de enfrentar los diversos intereses sobre los que descansa la construcción de la realidad, así como las distintas opciones que pudieran adoptarse desde la ocupación de espacios fijados por el orden político (p. 15).

En consecuencia, la participación competitiva en la vida pública se encuentra definida, entre otras cosas, por la capacidad de discriminar entre lo pertinente y lo irrelevante, como requerimientos en función de los cuales optar por una u otra solución que garantice mayores resultados o maximice los puestos en marcha.

Esta interacción profunda con la información debe entenderse como un modo por excelencia de sensibilizar al sujeto, al ganarlo para se integre socialmente, así como su arsenal cognitivo en la transformación de su escenario inmediato; dejando su posición de espectador y adoptando una actitud autónoma, responsable y comprometida con la búsqueda de nuevas alternativas de



bienestar integral para todos. Desde la perspectiva constructivista Serrano (2000) plantea que lograr este nivel de inserción en los asuntos que benefician a todos, supone formar para el ejercicio de la ciudadanía, lo cual invita involucrar al individuo para “actuar en atención a un conjunto de operaciones tales como reflexionar sobre sus ideas, reconsiderar, analizar y reorganizar lo proveniente de su interacción con las necesidades de su entorno” (p. 9).

Frente a este compromiso, es preciso indicar que la formación crítica como parte del aprendizaje reflexivo, tiene como enfoque hacer que el sujeto adopte una actitud resistente, pero, además, razonable y meditativa frente a los discursos dominantes, como requerimiento para darle paso a la búsqueda recurrente y persistente de la verdad, mediante la deducción de argumentos suficientemente convincentes que posibiliten la consolidación de propuestas liberadoras. Por consiguiente, la lectura crítica se erige como una estrategia capaz de romper con los límites impuestos históricamente y redimensionar al sujeto al contexto de la acción, del proceder autónomo capaz de emprender la resolución de necesidades complejas y el establecimiento de acuerdos en los que cada integrante de la sociedad vea reflejada la posibilidad de bienestar propio y colectivo, como resultado del entendimiento que trae consigo el consenso racional.

Esta actitud socialmente competitiva no es más que el resultado de la capacidad reflexiva, que permea el pensamiento del sujeto para que, valiéndose de la racionalidad comunicativa y el diálogo, involucre posiciones diversas que cooperen en la sustanciación de acciones fundadas en criterios sólidos, en razonamientos teórica y empíricamente válidos que dimensionen el quehacer colectivo y las posibilidades de cambio social. Este cúmulo de operaciones deben entenderse como procesos motivados por el procesamiento reflexivo y la meditación minuciosa sobre la realidad; pero además, como requerimientos para el establecimiento de relaciones simétricas fundadas en la comunicación crítica, asertiva y racional, en un esfuerzo por armonizar las diversas posiciones epistémicas en propuestas comunes, que por estar aisladas requieren ser integradas en una suerte de proyecto común que incremente la participación en igualdad de condiciones y la representación de intereses.

Este carácter emancipador como parte de la formación competitiva que demanda la sociedad actual, intenta que el sujeto como agente pensante asuma el compromiso de intervenir en su espacio de convivencia, logrando que su proceder se torne flexible, sensible y tolerante frente a los conceptos sociales e intereses particulares, a los cuales deberá ser capaz de cohesionar

fundado en la reflexión-crítica, como proceso cognitivo necesario para la construcción de un clima comunicativo positivo que oriente y motive el diseño de acciones colectivas en las que cada ciudadano se perciba representado.

Lo planteado debe entenderse como el resultado de una recurrente interacción con la información, que le permite al sujeto descubrir en los discursos sociales, ideológicos y políticos, es decir lo no dicho de modo claro ni expuesto de manera explícita, pero que entraña contradicciones que pudieran ser contraproducentes para la consolidación de cambios sociales positivos; por el hecho de estar permeados de intencionalidades opuestas al bien común y a la justicia, y erigiéndose como propuestas que procuran suprimir el carácter emancipador, imposibilitando que el ciudadano acceda a las bondades de una vida libre.

En consecuencia, la lectura crítica debe asumirse entonces, como el proceso en el que subyace la reflexión, actividad cognitiva que abre las puertas a mundos posibles que, históricamente habían sido limitados a la ciudadanía, por considerársele exclusividad de ciertos actores sociales y hasta científicos, quienes viendo su carácter emancipador impidieron su acceso por asumirlos portadores de razones para justificar potenciales detonantes de insurrección ciudadana; en tal sentido, la lectura crítica requiere entenderse desde su doble acepción: por un lado, como un proceso que motiva la búsqueda de contradicciones, falencias y aspectos objetables dentro de la vida social y, por el otro, como una actividad intelectual con el poder para comprender puntos de vista existentes en torno a problemas comunes, que sometidos a análisis crítico y a valoración reflexiva, posibilitan la comprensión profunda y la cohesión de esfuerzos, requerimientos que por sus implicaciones dan lugar a la participación colectiva requerida para lograr la transformación del medio social.

Esta actuación debe entenderse como el resultado de la apropiación de un saber fundamentado cuyo contenido teórico es capaz de ser llevado por el sujeto a un proceder práctico contextualizado, cuyo potencial trasciende hasta convertirse en soluciones extrapolables a otras situaciones problemáticas de realidades semejantes. Lo planteado sugiere que la lectura crítica además de fortalecer las relaciones en comunidad, permite la formación de actitudes responsables y conscientes, en las que sus miembros entendiendo su compromiso transformador, procedan con la convicción oportuna para enfrentar con apertura la consecución de objetivos colectivos a través de los cuales consolidar vínculos intersubjetivos, desde los que sea posible la minimización de las brechas de desigualdad histórica, que han fomentado el desarrollo y el bienestar asimétrico.



Por consiguiente, la formación crítica como parte del crecimiento competitivo del individuo debe asumirse en sentido amplio, como el resultado de la interacción reflexiva, proceso responsable de propiciar el desempeño positivo del sujeto, instándolo a adoptar comportamientos adaptables al cambio y dirigidos por valores comunes le coadyuvan en la tarea de tomar la iniciativa en experiencias de transformación, que entrañen la modificación de las condiciones actuales y la realización de ajustes que respondan a las expectativas sociales. En otras palabras, aprender reflexivamente constituye una experiencia con implicaciones multidimensionales, consistentes en ir más allá de lo evidente, evitando la reproducción de modelos caducos, como requerimientos fundamentales para enfrentar los desafíos desde una actitud autónoma, fundada en criterios y valores emancipatorios de los cuales depende el proceder permeado de agudeza crítica.

En atención a lo expuesto, es preciso indicar que la lectura crítica le permite al individuo no solo actuar con apego a los valores ciudadanos, sino que favorece la ejecución de acciones sustentadas en la apropiación de contenidos, en función de los cuales le es posible al sujeto otorgarle fuerza a sus decisiones; pero además, enfocar objetivos y aplicar soluciones con asertividad. Esto supone la participación del aprendizaje reflexivo, el cual permite el manejo estratégico de situaciones mediante el despliegue de operaciones cognitivas importantes como: la problematización, la interpretación y el razonamiento, a partir de los cuales proceder como agentes activos y con la disposición competitiva necesaria para darle rigurosidad a sus intervenciones.

Esta formación reflexiva y crítica no es más que el resultado del recurrente sometimiento de la realidad y del saber a una revisión profunda, que posibilita la emergencia de actitudes colaborativas y comprensivas que dimensionan las oportunidades de participación simétrica de todos los que integran el escenario inmediato del sujeto. Lo expuesto posiciona a la lectura crítica como potenciadora del aprendizaje reflexivo, al facilitar la identificación de contenidos implícitos en los discursos sociales, a los cuales se considera perentorio valorar con sentido acucioso, garantizando de esta manera el ejercicio de la libertad en condiciones de igualdad, es decir, en las que se garantice la sustitución de los mecanismos de dominación del pensamiento por acciones comunicativas que reduzcan la exclusión y se incremente la coordinación de propósitos comunes, se atiendan las necesidades generales y se logre superar los fines individuales por objetivos colectivos.

Esta inclinación a la búsqueda de metas sociales obedece a una recurrente experiencia reflexiva, consistente en pensar con rigor las posibles acciones y sus implicaciones; lo que desde la perspectiva de Daros (2009), refiere a “un modo de pensar que opera en un volver recurrente sobre

las cuestiones, considerándolas con seriedad y secuencialmente; al reflexionar, la mente condiciona el actuar, haciéndolo de forma cuidadosa y persistente en torno a propósitos definidos claramente” (p. 34). Esta actitud frente a la realidad y las situaciones emergentes, refiere a la interacción significativa con el conocimiento, proceso que favorece el establecimiento de relaciones con otros saberes disciplinares, a los que se les adjudica su potencial para el desarrollo de habilidades como el “cuestionamiento implícito de la información recibida a través de los sentidos, ubicándola en marcos conceptuales aceptables, evaluando críticamente su pertinencia y rechazándola cuando se juzgue arbitraria” (Blaxter, Hughes, y Tight, 2002, p. 7).

Se deduce entonces, que la lectura crítica constituye un modo de acercarse a la información necesaria para sensibilizar al sujeto en su proceder ciudadano, el cual involucra emprender acciones estratégicas producto la reflexión profunda, como la habilidad cognitiva que amplía las posibilidades para operar sobre la realidad en forma organizada. Cabe resaltar, que esta actuación sobre el mundo no es más que el resultado de un pensamiento agudo, capaz de juzgar lo poco significativo y conservar lo realmente útil, de lo que a su vez depende la jerarquización de actividades y la definición de prioridades propias de su contexto.

En atención a lo anterior, se reitera que la lectura crítica es el resultado del acercamiento acucioso a las relaciones que se entretienen en el contexto social y en las que subyace una carga ideológica y cultural, que solo puede ser comprendida mediante el despliegue de habilidades cognitivas como la deducción y la inferencia, las cuales como parte del aprendizaje reflexivo, permiten la precisión de su pertinencia y utilidad para mejorar las condiciones de vida, ampliando las oportunidades para generar acciones reales que obedezcan a los requerimientos de una sociedad sometida al cambio recurrente y a la transformación constante. Frente a este desafío, Pérez (2004) le otorga a la lectura una importancia preponderante “y de alta prioridad, pues no solo favorece la disminución de las desigualdades cognitivas, sino que dimensiona la posibilidad real de pensar la democracia y la participación amplia y efectiva de los ciudadanos en ella” (p. 75).

Esta búsqueda de condiciones óptimas para el bienestar humano depende de la formación de lectores con la disposición para acceder a la información y disponer de esta de forma activa, utilizándola para reclamar con argumentos sólidos la construcción de soluciones concretas, en las que se integre el sentido de co-responsabilidad necesario para fortalecer la vida en sociedad. Atender este desafío remite a la lectura crítica como un proceso con impacto multidimensional,



cuya práctica recurrente coadyuva a reducir las diferencias sociales al permitir que el ciudadano se empodere para establecer diálogos permanentes con el Estado, es decir, de asumir la responsabilidad directa en el funcionamiento y construcción de la democracia.

Interpretando a Schön (1992), el aprendizaje reflexivo se erige como un modo de aprender que en tiempos de complejidad posibilita el desarrollo de acciones estratégicas, inteligentes y creativas, como resultado de la interacción crítica con la información; este proceso en sentido amplio, debe entenderse como una competencia que favorece no solo la comprensión de situaciones problemáticas singulares, sino la construcción de alternativas que optimicen la capacidad de respuesta en función de la cual abordar las necesidades reales. Esto significa que, la lectura en su praxis reflexiva sitúa al sujeto en la disposición para apropiarse del conocimiento teórico como instrumento para mejorar sus condiciones de vida.

Esto quiere decir, que el uso de la reflexión como actividad cognitiva conduce a la transformación de los esquemas de pensamiento, operación que se produce como mediante la integración de ideas nuevas cuyo potencial transformador conduce a la emergencia de respuestas innovadoras a problemáticas que por su complejidad ameritan la operatividad del pensamiento epistémico, capaz de llevar el saber a la acción y la acción a la reflexión; este proceder en tiempos de incertidumbre refiere a la competencia para actuar en el escenario social desde el compromiso ciudadano, el cual acompañado de la reflexión es capaz de objetar el proceder institucional instando a la reestructuración de las actuaciones rutinarias por la búsqueda de nuevas estrategias de acción, que permeadas de sentido crítico modifiquen las condiciones actuales, sustituyéndolas por producción reflexiva de nuevos enfoques desde los que sea posible trascender las limitaciones y dificultades que emergen cotidianamente de una realidad sometida al cambio.

Frente a este panorama, el sujeto como lector crítico de su realidad tiene como responsabilidad cuestionar las condiciones socioculturales existentes, valiéndose de su capacidad para problematizar, implicándose de manera comprometida en la revisión de sus propios referentes teórico-conceptuales y metodológicos, en función de los cuales replantear su proceder tornándolo abierto a la reconstrucción, a la búsqueda de respuestas y a la exploración de nuevos planteamientos que conduzcan a la consolidación de relaciones de cooperación entre conciudadanos, que por disponer de flexibilidad mental pueden definir metas, establecer objetivos comunes generar acciones de intervención que representen los intereses colectivos (Morales, 2018).

Lograr estos cometidos, plantea para la educación una tarea ardua que supone el involucramiento del sujeto en la revisión rigurosa y profunda de su realidad, desplegando competencias críticas que motiven la problematización, como el requerimiento del que depende la formulación de acciones racionales de intervención que integren los medios, los procedimientos y las resultas de las decisiones consensuadas socialmente. Parafraseando a Freire (1984), esta capacidad de transformación no solo favorece la apertura de nuevos espacios y la exploración de alternativas independientes, es decir, en las que el sujeto en su proceder crítico sea capaz de definir cursos de acción de autónomos, que rompan con los procesos que históricamente han conducido a la dominación, imposibilitando el trabajo colectivo, la autocrítica y el sentido de co-responsabilidad.

Por ello, participar de la vida social con pertinencia y efectividad sugiere el uso de la reflexividad como medio para generar cambios en la práctica social; la cual consiste en un ir y venir sobre la realidad, desplegando sobre estas habilidades cognitivas importantes como la “la criticidad y la creatividad, las cuales posibilitan la acción transformadora de los hombres y de su contexto” (Freire, 1984, p. 11). Es decir, que a través de la lectura profunda y del operar reflexivo del pensamiento que es posible la deducción de contradicciones sociales, a las cuales atender desde el conocimiento transformador, la construcción de nuevas condiciones de vida con apego al bienestar integral.

Al respecto, posiciones sobre la formación de ciudadanos críticos indican que el rol de la lectura consiste en fomentar el uso del razonamiento como una habilidad cognitiva asociada con el aprendizaje reflexivo, que permite el descubrimiento de conocimientos subyacentes como insumos necesarios para consolidar, ampliar y sustanciar acciones significativas de impacto multidimensional (Lipman, 1998). Cabe considerar, que la lectura crítica es un proceso que coopera con la agudización del pensamiento para construir alternativas novedosas, pero además, es un requerimiento que coadyuva con el desarrollo de la eficacia cognitiva necesaria para organizar redes de conocimientos provenientes de diversas disciplinas, en función de las cuales articular esfuerzos que redunden en la resolución de situaciones complejas.

Es así que, el aprendizaje de modo reflexivo supone ir más allá de lo evidente, en un intento por apropiarse de información valiosa, superando lo fragmentario, las falencias, los reduccionismos y lo parcial, como competencias críticas que implican la disposición para problematizar con la suficiente profundidad analítica, de la que emerjan la resignificación de la realidad, requerimiento del que depende la adopción de actitudes dialogantes, activas y creativas



que al olocarse al servicio de la transformación social, maximicen la producción de ideas nuevas que capitalicen las oportunidades de intervenir en el contexto inmediato, aportando respuestas prácticas que prometan formas de vida dignas.

Interpretando a Lipman (1998), el uso del espíritu investigador supone la conceptualización de actividades concretas, proceso que por ser inherente al aprendizaje reflexivo permite enfrentar los desafíos propios del cambio recurrente que experimenta la realidad en general y, que amerita del proceder operativo de una mente disciplinada producto de la interacción significativa con el saber, del que se espera no solo la comprensión de la realidad, sino la exploración de opciones de convivencia en las que se priorice la igualdad, el sentido de co-responsabilidad y la participación ciudadana. Este modo de relacionarse con el mundo de manera activa, debe entenderse como el resultado del operar crítico que dispone a la mente para adecuarse a los requerimientos de cada contexto o situación problemática, identificando en esta los puntos medulares que requieren atención priorizada.

En consecuencia, es la relación profunda con el conocimiento la que favorece que el sujeto adopte actitudes racionales y comprometidas, que le conduzcan a disponer sus esfuerzos transformadores en pro de entretelar aportaciones teórico-conceptuales y metodológicas que garanticen la resolución de conflictos en el espacio del que es parte (Morales, 2020). En función de lo anterior, es preciso indicar que mediante este diálogo riguroso e intencional con el mundo, el sujeto es capaz de organizar actuaciones cooperativas y sinérgicas con otros actores sociales, desplegando principios organizativos que anclados en la gestión del conocimiento generan una amalgama de intereses colectivos a partir de los cuales operar lógica y racionalmente en su quehacer transformador.

Esto plantea para la formación ciudadana un inminente desafío, consistente en promover la participación competente, frente a lo cual emerge la necesidad de integrar el sentido crítico y el operar reflexivo, como procesos cognitivos que favorecen la inclusión social como requerimiento para movilizar los esfuerzos necesarios para reordenar y jerarquizar los requerimientos colectivos de los que depende la emergencia de modos de vida apropiados para el desarrollo humano integral. Lo expuesto, desde la perspectiva de Hawes (2003), constituye el fin último de la educación, consistente en acercar al sujeto a la valoración de sus propias necesidades desde diversos enfoques, es decir, valiéndose de su mirada interdisciplinaria, en función de la cual “las condiciones más apropiadas para adoptar una postura con respecto a cualquier problemática” (p. 40).

Cabe destacar, que este proceder como una actitud propia de la formación crítica, refiere al despliegue de competencias reflexivas como la revisión minuciosa de oportunidades y la exploración de alternativas potencialmente beneficiosas, que le otorguen al ciudadano la autoridad para emprender con independencia, autonomía y pro-actividad, los desafíos de un mundo movilizad por el cambio y la complejidad; esto refiere a un individuo capaz no solo de apropiarse e interpretar su realidad, sino de aplicar con fluidez aportaciones prácticas que demuestren su posición frente a lo que requiere ser transformado.

En síntesis, enseñar para participar en los cambios que amerita el escenario social, sugiere involucrar al sujeto en situaciones que operativice las competencias críticas y reflexivas, a través de las cuales cuestionar de manera recurrente lo que piensan del saber, es decir, someter a revisión el conocimiento acumulado en función del cual definir relaciones con la realidad y construir una visión en conjunto en la que se integren posiciones teóricas y aportaciones metodológicas que impulsen la consolidación de condiciones vida dignas para todos. Esto supone, desarrollar la capacidad para manejar la enorme cantidad de información que circula en diversos formatos, de modo que le que permitan orientar sus acciones estratégicas hacia el mejoramiento de su realidad, transformando los problemas en posibles alternativas de solución que maximicen el bienestar integral y la calidad de vida.

Conclusiones

En tiempos de complejidad y de cambios recurrentes, el proceso de aprender en modo reflexivo supone un desafío para la educación en general. Esto en parte se debe al compromiso de formar para el ejercicio de la ciudadanía competitiva, como objetivo en el que subyace la idea de potenciar cognitivamente al ser humano para que se involucre desde el compromiso y la co-responsabilidad en los asuntos de la vida pública; lo cual sugiere promover el desarrollo del pensar de manera crítica como resultado de procesos significativos y de experiencias educativas en las que reflexionar se erija como un cometido asociado con la posibilidad lograr mayores niveles de autonomía y liberación del pensamiento, condiciones que por sus implicaciones dan lugar al afloramiento de novedosas aportaciones que dimensionen el accionar sobre la realidad.

En tal sentido, la reflexión como parte de las habilidades cognitivas que operan en la praxis de lectura crítica, es la responsable de facilitar la transferencia de conocimiento a procedimientos estratégicos y metodológicos que al ser aplicados se convierten en potentes



mecanismos de transformación social multidimensionales, capaces de impulsar la resolución creativa de conflictos y el abordaje de problemas desde diversos enfoques, maximizando de esta manera las oportunidades existenciales del sujeto; en otras palabras la lectura crítica como proceso profundo de valoración del saber, supone entre otras cosas, la definición de los límites y el alcance de los grandes cuerpos teóricos, permitiendo de esta manera extender el dominio de la mente humana hacia la comprensión de la realidad social, operación de la que depende la búsqueda de respuestas consistentes que enriquezcan la reflexión propia, requisito fundamental para el ejercicio efectivo de la ciudadanía.

Lo dicho permite afirmar, que el aprendizaje reflexivo como resultado de la interacción crítica con el conocimiento, cuenta con el potencial para transformar al sujeto en un agente activo; esto supone, la ruptura con actitudes pasivas y carentes de compromiso y, en su lugar, revestido de la disposición operar contra lo irrelevante, lo engañoso, lo falaz y lo trivial. Esto indica, que no es sino a través del uso de la reflexividad y del sentido crítico que se logra la formación ciudadana competitiva, pues se deja a un lado la postura meramente receptora de información, para asumir una actitud tamizadora, capaz de superar la conformidad con las condiciones existentes y, a través del cuestionamiento descubrir mecanismos que pese a no estar dentro de lo convencional, posibilitan no solo la generación de cambios medulares sino la liberación de sistemas permeados por supuestas verdades establecidas, en las que subyace la dominación ideológica y, por ende, la prolongación del sometimiento a esquemas caducos, así como carentes de pertinencia y adecuación a las condiciones del presente siglo.

En resumen, el aprendizaje reflexivo como un modo de apropiación del mundo y su complejidad, también constituye una alternativa para promover la libertad intelectual, al posibilitarle al sujeto la construcción de criterios propios en función de los cuales actuar con rigurosidad y pertinencia en las dimensiones sociales que requieren transformación. Estos cometidos son igualmente compartidos por la lectura crítica, a la que se debe asumir como un proceso que conduce a la reflexión sobre el contenido verdadero de las situaciones que se dan en la realidad, y que requieren ser desentrañados con el propósito de deducir posturas ideológicas, intereses particulares e intencionalidades individuales que pudieran obstaculizar la organización democrática de la sociedad. Ello reitera que tanto la lectura crítica como el aprendizaje reflexivo constituyen condiciones indispensables para lograr la formación ciudadana que demanda nuestra realidad social, en la que se considera perentorio la maximización de la tolerancia, la comprensión mutua, la erradicación de la dominación y la adopción de mecanismos que potencien la comunicación asertiva y el diálogo simétrico.

Referencias Bibliográficas

- Blaxter, L., Hughes, C. y Tight, M. (2002). *Cómo se hace una investigación*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Daros, W. (2009). *Teoría del aprendizaje reflexivo*. Argentina: Editorial RICE.
- Freire, P. (1984). *La importancia de leer y el proceso liberador*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Hawes, J. (2003). *Pensamiento crítico en la formación universitaria*. Documento de Trabajo. Talca Universidad de Talca.: Instituto de Investigación y Desarrollo Educacional. Retrieved from http://www.pregrado.utralca.cl/docs/pdf/documentos_interes/Pensamiento%20Critico%20en%20la%20Formacion%20Universitaria.pdf
- Lipman, M. (1998). *Pensamiento complejo y educación*. Madrid: De la Torre.
- Morales, J. (2018). Aportes de Paulo Freire a la Investigación y a la Lectura Crítica. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 7(2), 175-192. doi:10.15366/riejs2018.7.2.010
- Morales, J. (2020). Leer e investigar en Educación Superior. *MLS Educational Research*, 4 (2), -. doi: 10.29314/mlser.v4i2.355
- Pérez, M. (2004). Leer, escribir, participar: un reto para la escuela, una condición de la política. Universidad Javeriana. Conferencia presentada en el Congreso de Lectura FUNDALECTURA., Lenguaje N° 32, pp. 71-88.
- Savater, F. (2008). *La aventura de pensar*. Barcelona: Random House Mondadori, S. A.
- Serrano, S. (2000). El aprendizaje de la lectura y la escritura como construcción activa de conocimientos.
- Schön, D. (1992). *La formación de profesionales reflexivos. Hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje de las profesiones*. Barcelona: Paidós
- Solé, I. (2002). *Estrategias de lectura*. Barcelona: Graó/ICE (MIE).
- Zemelman, H. (2005). *Voluntad de conocer*. Barcelona: Anthropos.
- Zemelman, H. (2015). Pensamiento y construcción de conocimiento histórico una exigencia para el hacer futuro. *Revista El Agora USB*, 15(2), 343-362.

